

Bibliografía

Alvear, drama histórico en cinco actos, original del doctor DAVID PEÑA.

Repetidas veces he sido acusado de crítico amargo y desdenoso; se ha dicho que nada me parecía bueno y que además tenía puntos de vista tan estrechos, que todo lo juzgaba dentro de lo minucioso y de lo nimio.

De lo primero puedo justificarme, recordando mi crítica respecto a un trabajo de Félix F. Outes, en el cual me referí también a su labor científica, y a otro sobre Martiniano Leguizamón, en donde si bien fustigué a la Junta de historia y numismática reconocí en aquél una pluma que hacía honor a las letras argentinas, sobre todo desde el punto de vista literario (1). No deberían olvidar tampoco esos seudocríticos, con puntas y ribetes de eruditos, mi noticia necrológica sobre Clemente L. Fregeiro, en la cual reconocí en él al primer exponente de la nueva y verdadera historiografía argentina (2).

Respecto a lo segundo, bastará para justificarme advertir que dichos juicios han sido emitidos por personas que jamás han tenido un concepto serial y de conjunto de la historia argentina, caracterizándose su obra por ser netamente periodística y reduciéndose la misma al comentario de un documento, o al «descubrimiento» de la fecha de un nacimiento, de un bautismo, o de una muerte, que no tienen valor diagnóstico alguno y que confirma una vez más, que sus

(1) JUAN CANTER, HIJO, *Bibliografía histórica: Las representaciones plásticas de la cuenca paranaense, a propósito de una crítica por Félix F. Outes*, en *Nosotros*, XLVI, 415-419, Buenos Aires, 1924; n.º 178, marzo de 1924, 415-419.

JUAN CANTER, HIJO, *Bibliografía histórica: La restauración del Himno Argentino por Martiniano Leguizamón*, en *Nosotros*, XLIII, 398-402, Buenos Aires, 1923.

(2) JUAN CANTER, HIJO, *Clemente L. Fregeiro, nota breve a propósito de su obra en Nosotros*, XLIII, 545-557, Buenos Aires, 1923.

autores son cultivadores de la « curiosidad » histórica y del género amable, es decir, el dato nimio que a mí se me achaca, pero con el agravante que no tiene importancia alguna y no resuelve ningún problema histórico.

Hechas estas aclaraciones, debo entrar a juzgar la obra del doctor David Peña, escrita con una sana intención reformadora del teatro nacional, plagado de dramones inextricables, sainetes, revistas y otros géneros raros que se involucran con el género que lleva el nombre de « Bataclán » y cuyo fin principal reside en la exhibición de carne humana, siendo lo plástico lo accesorio; conjuntamente con los primeros se presentan cabarets y caudombes semejantes al intercalado a la *María* de Jorge Isaac, representada en la misma sala y comediada por los mismos actores que *Alvear*. Pero esta plausible tentativa del doctor Peña, digna de encomio, no debe impedir que la crítica serena establezca las fallas históricas o las situaciones inverosímiles que pueden presentarse en la obra y que trataremos de señalar.

Confieso que desde hace largo tiempo, tenía hechas algunas apuntaciones sobre el drama *Alvear* del doctor Peña, pero la desconfianza de cometer un traspiés — ya que sólo escuché y presencié la representación una sola vez — y además la posibilidad de mostrarme demasiado injusto por la sugestión de una pésima representación llevada a cabo por una compañía mediocre, hizo que aquellas cuartillas escritas al volver del teatro quedaran abandonadas en una de las gavetas de mi mesa de trabajo, a la espera del libreto de la obra. Este apareció por fin, publicado por una revista teatral (1) habiéndome sido grato comprobar que mis anotaciones eran exactas y podían ajustarse fácilmente en un todo al texto; restábase sólo darles cierta forma, agregarles la citas respectivas y además algunas reflexiones sobre la dedicatoria y el prólogo (2).

Ahora bien: ¿ hasta qué punto en un drama histórico o en los que semejan serlo, se puede alterar la verdad histórica? Es ésta, cuestión a la que es difícil responder con toda amplitud ya que generalmente los literatos que escriben estos dramas eluden el debate histórico sosteniendo que se ven obligados a sacrificar la historia por las exigencias de la técnica teatral; sin embargo, no puede negarse que en el drama histórico, por lo menos debe exigirse el carácter del personaje. Pero en este caso el asunto es distinto, ya que el autor de *Alvear* es profesor

(1) *Bambalinas*, n.º 362, página 36.

(2) Además, estaría decir, que seguiré esta crítica refiriéndome, en un todo, al libreto, pero relacionándolo con la representación. Con ese motivo nos apresuramos a declarar que ella fué pobre y mediocre, cosa natural dado el elenco con que contaba la compañía de Blanca Podestá, que perteneciente al novel arte nacional, no puede decirse, que sea la primera, ni la segunda actriz del mismo.

suplente de Historia argentina en la Facultad de filosofía y letras y además su drama está constituido por cinco actos inconexos que por la inocencia de su desarrollo vienen a remedar esos cuadros simples que se observan en las representaciones escolares de fin de curso. Desde el principio de la obra se espera el argumento y éste si amenaza comenzar se convierte sólo en una tentativa, por eso declaro que el doctor Peña se ha preocupado en su obra más de lo histórico que de lo teatral y por eso su obra debe ser juzgada sólo bajo el punto de vista histórico ya que ella constituye una biografía en cuadros del veleidoso y complejo Carlos de Alvear, o simplemente Carlos Alvear, a quien en el desarrollo de la obra se le agrega el nombre de María, que nunca llevó no obstante que en algunos impresos aparezca este injerto (1).

En el primer acto, aparece Alvear, presidente de la Asamblea; en el segundo, jefe del ejército en Montevideo; en el tercero, Director supremo; en el cuarto, enviado en misión al Norte, y en el quinto, jefe de las fuerzas contra el Brasil. Como puede observarse, al autor le ha sido violento llevar a escena a su protagonista como compañero de correrías de Carrera y aliado de los federales, así como vacilante revolucionario y humilde demandante de perdones desde Río Janeiro, por eso ha tenido que saltar esas situaciones un tanto molestas y hacérselas narrar en el cuarto acto a un conversador cura realista de Chuquisaca.

I

PRÓLOGO. — Comienza la obra con un prólogo, escena que no se representó y en la cual el autor mantiene un diálogo con la Verdad; la que acude a su llamado y después de una explicación, lo conduce al mundo de las sombras, estas últimas a un conjuro de la Verdad y al empeño del autor recibirán « un soplo de resurrección por un instante ». La Verdad, cuando lo invita al autor a seguirla, le dice: « Acerquémonos a ellas. Emprende. Avanza. Sígueme (La Verdad se adelanta. El autor obedece) ». Bastaría esta escena para que el autor se viera obligado a la rigurosidad histórica, pero agrega aún más en el mismo

(1) En julio de 1920, a raíz de una conferencia del doctor Leguizamón, en la Junta de historia y numismática americana se suscitó una polémica sobre el nombre de Alvear entre el conferenciante y el señor Gregorio Rodríguez, en la cual terció el doctor Peña. Los dos primeros lo hicieron en *La Nación*, el tercero en *La Razón*. Pude seguir de cerca el asunto ya que a uno de los polemistas suministré los elementos para su exposición y réplica.

diálogo, solemnemente: « ¡ Ah! . . . quisiera salvar del olvido la virtud y señalar a las generaciones el error, ya que el error es la fuente de las desgracias del hombre » (1).

II

PRIMER ACTO. — En este acto aparece el recinto donde celebra sus sesiones la Asamblea del año XIII, que debe reunirse en sesión extraordinaria con el objeto de celebrar el tercer aniversario de la Revolución de mayo. La disposición en que aparece la sala resulta un tanto rara; la mesa presidencial con tres asientos se halla al fondo del escenario; encontrándose los sitios de los diputados colocados a los costados paralelamente a los muros laterales del recinto, formando a cada lado un total de cuatro o cinco asientos para los diputados; quedando por lo tanto en el medio un espacio libre, limitado por un baranda que protege las bancas, semejando de esa manera casi un reñidero de gallos. Hubiera resultado mucho mejor, si la presidencia de la sala se hubiera colocado a un costado del escenario, de esa manera los actores que representaban a los miembros de la asamblea, podrían haber estado frente a la presidencia sin tener que dar la espalda al público (2).

Al levantarse el telón se encuentra en la sala un oficial que ordena a un trompa que está entretelones y a la tropa disimulada, toques de atención y presentación de armas; entran los diputados en tres o cuatro grupos, y detrás de ellos, una vez que se han congregado, aparece Alvear, vestido de civil, que ocupa la presidencia. Confieso que no pude disimular un gesto de sorpresa cuando contemplé a un Alvear en la presidencia de la Asamblea en una fecha en la cual había terminado su mandato, pronto esa sorpresa se convirtió en desagrado cuando comprobé cómo el doctor David Peña se había documentado en una forma tan deficiente.

Primeramente: es verdaderamente chocante encontrarse con un Alvear vestido de civil y nada menos que en un 25 de mayo como el del año 1813 que fué festejado con gran fausto, como lo señalan los impresos de la época y que desconoce el doctor Peña, como voy a verificarlo después. Por otra parte, no era Alvear, hombre que por psicología propia fuera capaz de abandonar el

(1) *Alvear*, 4.

(2) En el libreto figuran, en el primer acto, algunos personajes que no aparecieron en la representación del *Smart* tales como: Gervasio Posadas, José Gregorio Baigorri, Mariano Perdrriel, José Julián Pérez, lo cual se explica, si tenemos en cuenta que ninguno de ellos nada tiene que decir, durante el primer acto, y su papel se limita a figurar como comparsas.

uniforme; Robertson ha recordado las correrías por las calles de Buenos Aires del mozo seguido de su escolta, cuando llegado a la cumbre del poder y henchido de orgullo por el mando hallábase embriagado de ostentación.

Segundo: a 31 de enero de 1813, la asamblea en su primera sesión decretó por el artículo 2º lo siguiente: « *Que su Presidente sea el Sor Diputado de la Ciudad de Corrientes D.º Carlos Alvear* »; por el artículo 3º se indicaba: « *Que sus Secretarios para el Despacho lo sean los Sres Diputados de Buenos Ayres D.º Hipólito Vieytes y D.º Don Jose Valentin Gomez* » (1). Pero el mandato de Alvear finalizó en 3 de marzo con la elección del nuevo presidente de turno Tomás Valle electo conjuntamente con Moldes para la vicepresidencia (2); éstos a su vez fueron reemplazados el 1º de abril por Pedro A. Agrelo y Vicente López para los cargos respectivos (3), que terminaron su mandato el 20 de abril, fecha en la cual fueron nombrados Larrea para la presidencia y Fonseca para la vice (4). Los cuales continuaron hasta el 1º de junio cuando los substituyeron Vicente López y Pablo Vidal en los mismos cargos (5). Queda probado, por lo tanto, que Alvear el 25 de mayo de 1813 no era presidente de la asamblea.

Otro error cronológico del doctor David Peña se encuentra en la presentación de las banderas realistas prisioneras en Salta a la asamblea dos meses y días después de lo que realmente aconteció y con un ceremonial diferente.

Los tres trofeos citados pertenecían dos al regimiento Abancay y otro al de Paruro, los que fueron conducidos a Buenos Aires por el capitán de cazadores don Manuel Rojas (6), quien las presentó al ejecutivo en la fortaleza en donde quedaron depositadas hasta el domingo 14 de marzo, día en que se efectuó un festejo ajustado a un ceremonial convenido previamente. Dicho día se presentó al Fuerte el gobernador de la provincia, seguido de la oficialidad de la plaza y de un numeroso público y una vez que recibieron los estandartes prisioneros fueron conducidos abatidos ante el Cabildo, en cuya sala se cambiaron dos discursos, luego que se incorporó el ayuntamiento, la comitiva se dirigió a la casa del consulado, en donde funcionaba la asamblea y ésta, en pleno, recibió el homenaje; el gobernador de la provincia abrió el acto y sus palabras fueron contes-

(1) Acta de la primera sesión de la asamblea efectuada el 31 de enero de 1813 y publicada en forma facsimilar, en la reimpresión de *El Redactor de la Asamblea*, 1813-1815, por la Junta de historia y numismática americana.

(2) *El Redactor*, cit. número 2, página 6, marzo 6 de 1813.

(3) *El Redactor*, cit. número 6, página 21, abril 10 de 1813.

(4) *El Redactor*, cit. número 8, página 29, mayo 8 de 1813.

(5) *El Redactor*, cit. número 10, página 38, junio 12 de 1813.

(6) *Oficio de Belgrano al Superior gobierno*, fechado a 17 de febrero de 1813 en *Gazeta ministerial*, número 49, marzo 17 de 1813, página 119 (pág. 421, ed. facsim.).

tadas por el presidente de la asamblea, quien ordenó que en virtud de una resolución anteriormente adoptada, dos de ellos fueran depositados en la Catedral, y el restante fuera remitido al convento de las Mercedes de Tucumán. Concluido este acto se retiró la municipalidad y la sesión se suspendió hasta el siguiente día (1). Por lo tanto ni fué el día 25 de mayo, ni tampoco la entrega se llevó a cabo en la forma que nos refiere el señor Peña.

Creo que todos esos errores del doctor Peña se deben al desconocimiento que tiene de los impresos de la época que se refieren a las fiestas mayas del citado año, los cuales han narrado en forma detallada cómo se efectuaron los festejos.

El acto finaliza con la terminación de la sesión y la entrada de algunas damas y caballeros que concurren a oír el himno de López, que va a ser cantado por toda la concurrencia al son de un clavicordio que ha sido introducido en la sala para que Blas Parera ejecute su música (2).

Aparte de lo raro que me resultó esta escena debo señalar un parlamento de la última escena del acto que el autor hace decir a Vicente López y que transcribo para mayor claridad: «El estro del Triunfo, aquél que sonara hace tres años para ensalzar la victoria de Suipacha, enmudecía...» Es bien sabido que el Triunfo argentino no canta la victoria de Suipacha, sino el rechazo del invasor inglés, por lo tanto no era tres años como dice el doctor Peña, sino seis.

II

SEGUNDO ACTO. — El segundo acto, aunque es más teatral, está constituido por una serie de inexactitudes que estaría de más especificar; pero no puedo menos que señalar lo que doy a continuación:

Que no hubo tal entrevista de Alvear con Vigodet y que Soler no era general aun en ese momento, pues su nombramiento de brigadier lleva la fecha de 24 de abril de 1815 (3). Se explica — aunque por lo que se dice en la escena del prólogo debió ajustarse en un todo a la verdad histórica — que el autor haya inventado esta entrevista de Alvear con Vigodet para dar más teatralidad

(1) En *El Redactor*, citado, número 4, páginas 14 y 15, 20 de marzo de 1913, se encuentra un resumen de la forma como se llevó a cabo la entrega y un comentario sobre el mismo asunto. Cfr. *Gazeta ministerial*, número 49, páginas 119 a 121 (421 a 423, ed. facsim.) en donde también se hace un relato, pero aun más explícito del festejo que el del mismo *Redactor*.

(2) Hubiera sido mejor haber constituido otra escena en uno de los salones afamados de aquellos tiempos. Es ya sabido que el Himno fué escuchado una de las primeras veces en el salón de María Sánchez.

(3) Cfr. GREGORIO F. RODRÍGUEZ, *El general Soler*, página 78, Buenos Aires, 1909.

a su drama, que le hacía mucha falta, pero lo que es verdaderamente lamentable es que ni siquiera se haya cuidado de caracterizar a su personaje en una forma más exacta.

Alvear, no obstante su inquietud, su ambición, su falta de edad y temperamento bastante díscolo era incapaz de expresarse ante su subalterno Soler descubriéndole su juego, sus proyectos y además denigrando en una forma tan categórica a Rondeau. Por otra parte, no debemos olvidar que si bien Soler tenía motivos para estar enemistado con Rondeau, su carácter, su modalidad de ser y además su situación de subalterno le impedía expresarse de la manera como el señor Peña pretende hacerlo hablar en su drama, de su antiguo superior jerárquico ante su actual jefe. Mucho podría agregar también sobre lo que respecta a Artigas, pero creo que es suficiente con lo que dejo ya señalado.

IV

TERCER ACTO. — El acto tercero es el mayor conjunto de inexactitudes históricas que conozco y que se haya publicado en estos últimos tiempos. Es una cosa sabida que Alvear no se encontraba en Buenos Aires cuando se produjo la revolución de Fontezuelas sino que se hallaba en Olivos, su campo de concentración, con el objeto de asegurar su persona, cooperar a las operaciones de Viana y al mismo tiempo encontrarse en situación de sofocar cualquier levantamiento de la capital; son conocidas también las fases del movimiento que dió por tierra con Alvear que obedecía a una coalición; igualmente que los motivos de la ejecución de Ubeda y el estado de resistencia que Soler puso a la capital y además su consejo de que se rechazara las proposiciones que Alvear hizo.

Pues bien, el señor Peña lo instala a Alvear en el Fuerte, reúne todos los sucesos de la conmoción en un día, lo hace aparecer a Ubeda como un asesino y a Soler protegiendo a Alvear. Alvear en lugar de montar a caballo para intentar su ataque a Buenos Aires, obra en el drama del señor Peña todo a la inversa :

« *Alvear.* — ¡ Pronto ! ¡ Pronto ! Que preparen mi caballo. Parto a Olivos. Allí me pondré personalmente al frente del resto del ejército y le daré alcance al tráfuga.

« *Gómez.* — ¿ Cómo ? ¿ Abandonar la capital ?

« *Alvear.* — Y ¿ cómo dejar que se comunique con Artigas ?

« *López.* — Acaso convenga madurar un otro plan como sería, por ejemplo,

dejar asegurado el orden en la ciudad, organizar los elementos residentes en Olivos y esperar que se aproximen... »

Pero no es sólo esto, estimado lector, el señor Peña llega a olvidarse hasta de la Recova que dividía la plaza de la Victoria y sin darse cuenta de que el Fuerte era una construcción bastante achatada nos hace ver al Cabildo y a la catedral desde una ventana del Fuerte. Dejémoslo hablar al señor Peña para mayor claridad :

« (Al abrir la ventana vese parte de la plaza, del Cabildo y de la catedral. También verase la horca y el cadáver de Ubeda, alumbrado por hachones. La multitud vocifera, ruge. Se oyen toques de campanas. La voz de una mujer rompe el formidable conjunto imponiéndose sobre él). »

V

ACTOS CUARTO Y QUINTO. — No me detendré mayormente en tratar en forma detallada estos dos actos, con lo que antecede bástale al lector para darse cuenta de la obra del doctor Peña. Sólo recordaré que Alvear, hombre al fin, mujeriego y amante del bello sexo, aun en campaña, como consta, era incapaz de convertirse en un pastor protestante y endilgarle a la pobre Isabel un discurso de moral y agregarle que no era « hombre de aventura galante ». Por otra parte, el suceso ocurrió de otra manera y la verdad es que el asunto no fué muy agradable para el « tenorio de conventos ».

En lo que respecta al último acto debo declarar que además de algunos detalles históricos que me sorprendieron, el doctor Peña jamás debió llevar a escena la batalla de Ituzaingó y menos hacer aparecer al pobre Brandzen cargando a pie.

Basándome en todo lo que he dicho sostengo que esta obra del doctor Peña no ha sido nada feliz.

Juan Canter.

E. VERA Y GONZÁLEZ, *Historia de la República Argentina desde el gobierno del general Viamont hasta nuestros días*. Librería « La Facultad », Juan Roldán y Cia. Buenos Aires, 1926. Tres volúmenes de 436, 415 y 427 páginas, respectivamente.

A pesar de la incansable labor del Instituto de investigaciones históricas, a pesar del inmenso material que sus miembros y colaboradores han acumulado,